

LA HISTORIA DE MI VIDA

Martín González/Taller del Cuento *Puerto de Partida*

Mis primeros recuerdos se hunden tan profundamente en el pasado que es casi imposible recordar algo. Mi padre fue un gran árbol, de esos árboles majestuosos que había antes en el norte de la ciudad y que ahora se han destruido para hacer la zona industrial. Mi madre (a ella la recuerdo mejor; será porque nuestras madres se preocupan más de nosotros que nuestros padres) fue una fábrica de papel. Aunque parezca increíble recuerdo cómo me engendró en aquellos tanques y en aquellos hornos; de los hornos me acuerdo especialmente porque el calor que pasé allí se repitió al poco tiempo, pues el ingeniero que me servía de pediatra dejó de revisar un día la fábrica y entonces se incendió la bodega, pero la cosa no llegó a mayores; si hubiera llegado yo no estaría hablando ahora.

De mi infancia hay recuerdos nebulosos: recuerdo cuando se discutía qué harían conmigo; yo era el DS97, un pedido muy especial, con determinadas características y por consiguiente muy caro. Yo veía los demás embarques que salían de la bodega. Algunos de mis compañeros de bodega fueron enviados a una editorial. Quizás algunos de ellos estén ahora en forma de tesis o de cuentos colorados. Otros, menos afortunados, fueron mandados a un periódico; me acuerdo de ellos porque se quejaban de que escribirían sobre ellos puras mentiras. Había un líder que pensaba que el papel debía protestar cuando alguien escribiera encima de él alguna tontería: ¡Es una lástima! —decía—, nos dejamos que nos pongan encima cualquier estupidez. ¡No nos resistimos! Los papeles somos muy mansos y los humanos se aprovechan escribiendo en nosotros cualquier tontería. Lo cierto es que este lote fue colocado fuera de la bodega para dar cabida a uno nuevo y un día lluvioso se mojó y se estropeó. Me acuerdo que el ingeniero comentó ese día que era una suerte que el lote se echara a perder, pues así se podría poner en los déficits de la compañía y se ahorrarían impuestos.

Pero un día llegó un camión, y he aquí que nos tomaron a todos y nos subieron a él. El viaje fue de pesadilla, frenadas y aceleradas, curvas y rectas. El conductor se empeñó en rebasar a un autobús de servicios urbanos, y cuando estaba a punto de lograrlo resultó que se apareció un perro, el cual sólo pudo aullar un instante antes de que el camión le pasara por encima. El perro quedó tan plano como una hoja de papel; pero eso no importó pues seguimos adelante, después de rebasar al autobús.

Pero lo bueno se acaba y afortunadamente lo malo también se acaba, así que cuando el viaje terminó me sentí muy contento. Además acababa de llegar a mi destino. Como todos los demás estaba muy emocionado y quería saber a dónde me habían traído. Al fin lo averiguamos: habíamos llegado a una imprenta, pero no una imprenta cualquiera, sino a los talleres tipográficos de la I.B.M. Nosotros no seríamos papeles vulgares sino que estudiaríamos en una de las más prestigiosas instituciones.

Lo primero fue la educación primaria; allí se nos dieron los conocimientos básicos. Recuerdo a mi maestro de primaria: era una rotativa. Lo único que le interesaba era que



todos pasáramos entre sus rodillos y él nos llenaba de tinta; si alguno de nosotros se portaba mal, entonces él lo entintaba incorrectamente y después los encargados lo destruirían por estar mal hecho. Pero eso sí, estaba orgulloso de ser rotativa; había que oírlo hablar de los miles de tarjetas que producía y de los cientos de miles de tarjetas que habían pasado por sus manos en los muchos años de estar en la compañía; además, si algo salía mal, era porque la tinta había fallado o el programa estaba mal hecho; si las tarjetas no tenían impreso lo que debían tener, era culpa del que ideó el plan de estudios, nunca su culpa: él se había limitado a imprimir lo que le habían mandado.

Acabó la primaria y llegó la secundaria. Allí el maestro fue una cortadora. Decía que todo cuesta mucho trabajo. Hablaba mucho de la importancia individual y para eso nos separó a cada uno de los demás, cortándonos de la hoja en la que estábamos juntos. Se pasaba la vida hablando de la importancia de su trabajo, de que si él nos cortaba mal entonces seríamos unos inútiles, que teníamos que hacerle el trabajo fácil poniendo todo de nuestra parte, sin resistirnos al corte, es más, debíamos facilitar que nos cortara, pues así se desgastaría él menos y estaría más fresco para cortar más tarjetas.

Saliendo de la cortadora se terminó la secundaria. Fue una ocasión memorable. Se habló del orgullo de clase, después de todo, no todos los papeles tenían la suerte de llegar a ser tarjetas perforadas. Se cantó a coro y se prometió que entre nosotros haríamos todo lo posible para seguir unidos. Pero he aquí que llegó el bachillerato y el profesor pensaba diferente respecto a eso. El profesor de bachillerato era la empacadora: serio, eficiente, atento sólo a su labor, pero eso sí, profundamente sectario. Se empeñó en decirnos que éramos diferentes; que algunos servíamos para irnos a las computadoras de las compañías en contabilidad, otros a los institutos de ciencia para las investigaciones, otros a los archivos de algún lugar, etcétera. No nos convencía mucho, pero teníamos que elegir, así que algunos elegimos una cosa y otros eligieron otra cosa. Para esos momentos quizás alguno de mis compañeros se hubiera arrepentido y pensara retirarse, pero el maestro, para evitar que nos retiráramos, empezó a empacarnos rápidamente, nos reunió en grupos y empezamos a salir. Por un lado salían paquetes de futuros abogados, paquetes de futuros médicos, futuros ingenieros, y así sucesivamente. Pero era un maestro muy malo, pues dentro de los paquetes de futuros profesionalistas metió muchos futuros fracasados y el problema estuvo al llegar a la universidad, pues allí todos éstos fallaron.

El paso siguiente fue la universidad. Mi emoción fue muy grande cuando entré allí. El maestro que me prepararía era el perforista. Diré que hay muchos perforistas: unos son listos y cuidadosos y ponen todas las perforaciones en su lugar y te mandan a cumplir tu deber fuera de la universidad, digo, de la máquina perforadora; hay otros, en cambio (¡Dios te cuide de ellos!) que te perforan mal, y como son tan tontos no se dan cuenta de ello y te tratan como si estuvieras perforado correctamente y te mandan a trabajar a

una computadora, y allí, como no estás bien perforado, empiezas a hacer mal el trabajo, entonces se dan cuenta de ello y lo revisan todo, te buscan como se busca a un criminal y cuando te descubren te agarran y te rompen. Pero eso no es lo peor, sino que lo hacen delante de todos para que te dé vergüenza; pero lo paradójico es que siempre te rompe el perforista y te echa la culpa a ti. Tú no tienes defensa y tienes que aceptarlo todo.

Después de la universidad viene la vida. La vida es la computadora. La computadora es muy buena vida —claro, para los que han llegado allí—. Se la vive uno con clima artificial, poco trabajo pero muy importante, está uno rodeado de gente —digo, tarjetas— que piensan similarmente a como piensa uno, lo cual es alentador.

Recuerdo mi trabajo. Se trataba de representar en la computadora a un alumno que se acababa de inscribir. Entonces conocí a quien ha sido mi socio durante muchos años: la tarjeta de tesorería de ese alumno. Este era un buen tipo, lo malo era que no tenía corazón. Cada mes se tomaba una copa y se iba a imprimir un recibo con el cuento de que era necesario para el bien común, pero un día me cansé de eso y le dije que no lo hiciera y él me contestó: “No seas tonto, si yo dejo de imprimir el recibo tú te mueres, porque te corren de aquí y como ya estás perforado ya no sirves para nada y te tiran. Así que hay que hacer pagar a ese alumno y no me digas nada cuando me dedico a fabricar recibos.”

Fue la única discusión con mi socio, pues como yo llevaba la parte académica del alumno no tenía que hacer lo que él hace. Así que, de aquel día en adelante, nos dedicamos a hablar sobre el fútbol y a comentar de las artistas de cine. Mi socio y yo pasamos tardes enteras discutiendo cómo se vería Sophia Loren con los ojos de Brigitte Bardot, las piernas de Raquel Welch, el ombligo de Elke Sommer y el sombrero de Charles Chaplin.

Pero entonces empecé a preocuparme por el alumno que representaba. El interés nació a raíz de una equivocación con las tarjetas, pues se mezclaron las tarjetas de él, que estudiaba ingeniería, con las de una muchacha que estudiaba psicología. Todo empezó una tarde, cuando llegaron tres tarjetas perforadas al lugar donde yo y los demás nos encontrábamos. Las tres tarjetas eran sumamente raras: una era de Introducción a la Filosofía, la otra de Psicología Industrial, y la tercera de Psicología Médica. Lo que siguió fue un terremoto, Introducción a la Filosofía se puso a discutir con Matemáticas I el teorema de Pitágoras, y cada vez que Matemáticas I hablaba del teorema, Introducción se salía por la tangente, y mientras una gritaba: ¡A cuadrada más B cuadrada igual a C cuadrada!, la otra repetía: ¡Sofisma!, ¡sofisma! Mientras estas dos se apasionaban gritando, Mecánica I le puso un problema a Psicología Industrial:

— Tenemos un plano inclinado con un ángulo teta por donde se desliza un cuerpo de masa conocida: decir en cuánto tiempo se tarda en alcanzar una velocidad igual a v .

— ¿De qué color es el plano? . . .

— ¿Qué importa? . . .

— Mucho, si el que resuelve el problema es ciego al color verde, y el plano es verde: entonces no verá el plano.

— Pero no quiero que vea sino que dé la solución.

— Si no ve el plano se va a frustrar.

— ¡No se trata de ver!, el problema lo resuelve un ciego.

— Eso es muy interesante. Se podrá reclutar el personal de una institución de invidente y así se podrá ahorrar algo, pues los ciegos cobran menos sueldo.

— No me ha resuelto el problema.

— Es que no me ha dado un laboratorio donde resolverlo.

— ¿Un laboratorio?

— Claro, yo uso el método científico, observo y después repito la observación en un laboratorio, haciendo un experimento donde todo lo puedo controlar.

— ¡Usted es un tonto! No es capaz de resolver un problema tan sencillo. ¡Es un tonto, un tonto! . . .

El de Psicología Industrial le dio a continuación un discurso sobre la insatisfacción en el trabajo, así como un pase para ir a ver a un psiquiatra, después de decirle que era un neurótico y que tenía que curarse si no quería sacar una úlcera en poco tiempo. Entonces apareció el de Psicología Médica y dijo que nos iba a curar; nos sentó a todos en círculo y empezó a practicar algo que él llamaba psicoterapia de grupo. Durante algún tiempo todos estuvimos sentados como indios pieles rojas hablando de papá y mamá. Pero mientras celebramos las sesiones dejamos de trabajar y como cualquier hijo de vecino sabe, cuando se deja de trabajar los patronos se empiezan a preocupar, y se ponen a investigar. Así que

la situación duró hasta que llegaron y corrieron de entre los nuestros a estos tres locos.

Antes dije que me empecé a preocupar por el alumno a raíz de esto, y es cierto, que me enteré que era un vago. Eso me preocupó mucho. No me gusta representar golfos. Así, tomé la decisión de hacer saber mi protesta. Primero me dirigí al jefe de las tarjetas perforadas. Este me dijo que mandara un oficio por escrito, pero como las tarjetas perforadas no podemos escribir (este relato lo dicté en cinta magnética) no pude mandar el escrito y tuve que resignarme a seguir representando un golfo.

Por fin, el curso se terminó y nuestro querido representado pasó las materias; pero todas las demás tarjetas contaban que había pasado porque todos sus maestros eran unos trasatlánticos. Contaban el caso patético de un maestro que calificaba las pruebas muy estrictamente (sólo había una pregunta por prueba: nombre del alumno). Otro era más sofisticado a la hora de calificar: sus calificaciones eran dadas en razón de los obsequios que recibía de los alumnos: sumaba el precio del obsequio a la nota del examen, lo dividía entre diez, y de esta manera sacaba la calificación.

Al año siguiente seguí representando al mismo alumno. Ahora no hubo emoción alguna; las mismas caras del año pasado, los mismos chistes malos, la misma computadora. Siguiéron muchos años así. Lo que yo he decidido nombrar la edad de la monotonía. La horrible monotonía de pasar trescientas tarjetas por minuto. Algo así, como autos en una carretera de alta velocidad.

Pero esta edad acabó y con ello mi labor; ahora estoy jubilado y me he vuelto a encontrar con aquellos tres locos y me contaron que la alumna que ellos representaban se ha casado con el alumno que yo representaba. Por esto ahora estoy muy preocupado; no me imagino cómo podrán vivir sin sostener discusiones parecidas a las que sostuvieron esas tarjetas con nosotros. En fin, lo más probable es que pase lo que aconteció con nosotros; es decir, que acaben sentados como indios pieles rojas hablando de papá y mamá.

